

La maestra propone algunos libros para leer y sugiere que armen equipos para realizar los trabajos o, simplemente, compartir las lecturas.

Sin embargo, por alguna razón, los equipos se dividen de manera que los varones escogen Tom Sawyer y las niñas, El Principito.

—¡**T**om Sawyer, si quiere, le re-rompe la cara al Principito! (*Jorge*).

—¡Sí, nene! ¡Y el Principito le tira con un planeta que lo revienta! (*Sabrina*).

—¡Bien, Sabrina! (*Natacha*).

—¡Ja, chicos, miren lo que dijo! ¡Los planetas no se pueden tirar, nenita! (*Rubén*).

—¡Callate, Rubén, que siempre pedís ayuda en ciencias naturales! (*Pati*).

—¿Y qué tiene?! (*Rubén*).

—¡Qué te hacés el que sabés cómo se tiran los planetas! (*Pati*).

—¡Además, Tom Sawyer tiene de amigo a Huckleberry, que se sabe de todo y lo deja como una papa frita! (*Federico*).

—¡Y el Principito tiene un lobo que para eso lo entrenó y lo deja peor que la abuela de Caperucita! (*Leonor*).

—¡Si esa se salvó! (*Nicolás*).

—¡Pero por culpa del leñador, nenito! (*Natacha*).

—¿¡Y qué?! ¡Mi papá trabaja en la ferretería! (*Federico*).

—¿¡Y eso qué tiene que ver, Federico!? ¡Ay! ¡Nada que ver! ¡Chicas, este se zarpó! (*las chicas juntas*).



—¡Que no será leñador pero ahí venden maderas, hachas, de todo! (*Federico*).

—¡Sí, nena! ¿¡Y dónde te creés que compran las cosas los leñadores?! ¡Conoce a un montón! (*Jorge*).

—¡Además el Principito no lo entrenó para atacar al lobo, sino que lo domesticó por amor! (*Rubén*).

—¿¡Y vos cómo sabés eso, Rubén!? (*Valeria, alerta contenta*).

—No, nada que ver... bueno... (*Rubén*).

—¡Chicas! ¡Rubén leyó *El Principito*! ¡Ganamos! (*Leonor*).



—¡Qué salame que sos, Rubén! (*Jorge, agarrándose la cabeza*).

—¡Ga-naaaaa-mos! ¡Ga-naaaaa-mos! ¡Ga-naaaaa-mos! (*las chicas, abrazándose*).

—¡Paren, nenas! ¡De qué ganaron?! (*Federico*).

—¡Lero lero, lero lero! ¡Ga-naaaaa-mos! (*Natacha*).

—¡Si la maestra nos dio los dos para escoger, nenas! (*Nicolás*).

—Pero las chicas elegimos *El Principito* y ustedes *Tom Sawyer* (*Pati*).

—¡Y qué tiene?! ¡Paren de hacerse las cancheritas! (*los varones*).

—Que si Rubén lo leyó es porque está más bue-no-nues-tro-li-bro, ja ja ja (*Sabrina*).

—¡Vivan las chicas! (*abrazándose*).

—¡No lo leí entero! ¡Paren, paren! ¡Lo leí un poco porque mi hermana lo tenía! (*Rubén*).

—¡Aguante el Principito! ¡Aguante el Principito! ¡Aguante el Principito! (*las chicas, saltando en ronda, abrazadas*).

—Chicos, vámonos que son unas plomas (*Federico*).

—¡Aguante el Principito! ¡Aguante el Principito! (*las chicas*).

Los varones se retiran murmurando.

—Chicos, pero les juro que a Tom Sawyer sí me lo estoy leyendo entero (*Rubén, alcanzando al resto de los varones*).

—... (*Nicolás le da una suave palmada en la cabeza*).

—¡Y me gusta más! ¡En serio! ¡O igual, pero me gusta más! (*Rubén*).

—Está todo bien, Rubén; pero tenés que fijarte lo que decís delante de las chicas (*Jorge, le cruza el brazo sobre los hombros, mientras siguen caminando*).



—Yo casi me lo leí todo. Tom Sawyer vive con una tía y unos que deben ser primos, en una casa súper linda que tiene una verja (*Federico*).

—Ahá (*Rubén imagina una casa de madera con una verja que la rodea*).

—...y un día la tía le dice que la pinte, para castigarlo (*Federico*).

—¿Por qué? (*Rubén*).

—Porque él se escapaba de la escuela, siempre mandaba fruta, entonces la tía le dice que el sábado no puede ir a jugar con sus amigos sino que tiene que quedarse pintando (*Federico*).

—... (*Rubén imagina a un chico, con un balde de pintura blanca, un pincel chorreando en la otra mano, parado frente a una cerca enorme, larga, y sin pintar*).

—Tom se quería morir, porque pintaba un poco y no avanzaba, se dio cuenta de que se iba a encanutar tooodo el día (*Federico*).

—... (*Rubén imagina al chico pintando, y que es tan grande la verja que pareciera no avanzar*).

—...y Tom deeee pintar, deeee pintar, pero no avanzaba (*Federico*).

—... (*Rubén se acuerda de una vez que ayudó a sus papás a pintar una pared, ¿de qué color había sido?*).

—Entonces, que justo pasa enfrente un amigo que iba a jugar y le empieza a hablar, ¿no? (*Fede*).

—... (*¿Blanca? No, porque su papá un color le había agregado, ¿qué color le agregó?*).

—Y Tom, para que no descubriera que estaba castigado, se hizo el canchero, ¿viste?, onda que pintaba como si fuera algo delicado, y se alejaba y miraba, pintaba otro poquito y se alejaba y miraba... (*Fede*).

—... (*Creo que azul le había agregado... de un pomito que compró aparte... ¿Y la vez que él se sentó encima de un pomo de plasticola!?*).

—Entonces al amigo lo re-intriga, ¿no? Y está buenísimo porque Tom le hace creer que es un trabajo para especialistas, que al amigo no se lo darían nunca, ¡re-trucho! (*Fede entusiasmado*).

—... (*Estuvo genial, porque, después, donde se sentara, ¡se le pegaba todo! Uh, cierto que me falta recortar y pegar el trabajo para plástica*).

—¡Un genio! Porque el amigo picó y le pidió que se lo dejara hacer, Tom: que no, que no; pero para hacerse nomás, ¿viste? Entonces el amigo le empezó a ofrecer cosas a cambio, ¡re-trucho! (*Fede, riéndose*).

